PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre 1919. Num. XVI - AÑO II

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, el creador de las « Tradiciones Peruanas », ha muerto en la vieja ciudad de los virreyes, que fué su cuna y su vergel.

La vida le cubrió de glorias como a una bandera, y la muerte le cubre de laureles como a un guerrero.

La literatura americana saluda en el viajero que parte a la vieja reliquia de un pueblo,—el más lírico quizás del continente.

Y mientras el Perú celebra unánime los funerales gloriosos, en todas las naciones se levantan columnas líricas que al esplendor del día iluminan de solares destellos la ruta del viajero.

De ahí que nosotros,—expresión de una hora en la vida de un pueblo profundamente hermano del suyo,—nos asomemos a la playa antes de que caiga la noche, y le agitemos desde aquí el pañuelo de la despedida, mientras la frente se pone pensativa y el mar calla su balada azul.

* * *

Ricardo Palma creó las « Tradiciones » como Campoamor las « Doloras » o como Heine las « Rimas ».

Optimismo, zumbón, original, su obra tiene la misma sal divina de Anatolio France,—con quien tanto se parece a veces, en la burla sutil y en la sonrisa impía.

Las « Tradiciones » forman la historia del Perú colonial,—una historia agradable y risueña, que se burla un poco de los curas y destapa traviesamente el alma de las mujeres.

Acaso las crónicas tienen sus defectos numerosos, pero son tantas las virtudes, que la obra perdurará en el tiempo, como un rosal eterno siempre perfumado y fresco.

Poeta en el fondo de sí mismo, Ricardo Palma pudo decir que la leyenda es mejor que la realidad,—y en tal forma dispuesto, redujo la historia de una época fraccionándola en paisajes de abanico, mucho más gratos al espíritn que la docta ciencia infusa de los historiadores.

Y así pasan por sus «Tradiciones» el virrey galante, el arcipreste libertino, la señorita Perricholi «que tiene tantas perlas como pecados mortales»....

Al final de todas aquellas historias salpimentadas, nos queda la impresión exacta de la vida colonial, tenemos una visión clara de las cosas y los hombres, sabemos mejor que con todos los textos la historia peruana de la colonia.

Ricardo Palma hizo además, dentro de su género original, una faceta propia:—la del «limeñismo»,—ya que sus «Tradiciones» son exclusivamente el proceso de una época dentro de la ciudad de Lima.

Podríamos estudiar por cierto todas las características de las «Tradiciones»,—que es como decir, todos los cascabeles de su risa,—tan diversa y tan graciosa. Nuestro homenaje, debe circunscribirse sin embargo, a esta nota editorial, breve y sucinta, pero no por eso menos sincera y justa.

Tiene Ricardo Palma, además de los cuatro tomos de sus «Tradiciones», cinco tomos de versos y unos cuantos tomos de artículos históricos, lexicográficos y literarios que avaloran su obra completándola.

Muere a los ochenta y siete años: su labor no se olvidará, y a la sombra gloriosa de su nombre, que entrevemos como un árbol legendario abierto en copa y brazos sobre su patria, queremos creer que la juventud peruana va a exaltar su memoria levantando al cielo sus banderas de idealismo.

LA LAGUNA

La noche es suave y muelle
Tal cual si fuera hecha
Con los vellones blandos
De alguna cabra negra.

No hay luna. Vago a oscuras
Por el campo hechizado.
Huelo frescor de juncos,
De sauces y de álamos

Voy junto a la laguna.
¡ Oh misterio del agua !
El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla.

La laguna, esta noche,
Parece pensativa.
Mi alma se alarga a ella
Como una serpentina.

¡ Cuánto me gusta el agua !
¡ Cuánto me gusta el agua !
Hacia ella se inclina
Como un junco mi alma.

Acaso en otra vida
Ancestral, yo habré sido,
Antes de ser de carne,
Cisterna, fuente o río.

JUANA DE IBARBOUROU.

VELÁZQUEZ (1)

En el museo del Prado de Madrid vése un cuadro que no solamente es una de las más maravillosas obras que la mente y la mano humanas hayan concebido y ejecutado, sino también la síntesis gloriosa y doliente a la vez de toda una vida de artista.

En el centro de ese cuadro, en un nimbo de luz plateada, la infanta María Margarita rodeada por dos de sus damas de honor, sus *meninas*, luce su pálida faz encuadrada por largas guedejas de un rubio ceniciento. A un lado, formando por su fealdad un rudo contraste con ella, miran al espectador la enana Mari Bartola y el enano Nicolasito que asienta su pie sobre el lomo de un mastín, cuya mirada soñolienta y orejas avizoramente vigilantes son un prodigio de observación ceñida. En la penumbra una dueña y un guarda-damas simbolizan talvez la rígida etiqueta de la corte española. Hacia el fondo una puerta abierta sobre el exterior luminoso parece invitar a huir del sombrío ambiente del taller.... pero,, defendiendo esa puerta la silueta de Nieto, aposentador de la Reina reprime cualquier veleidad liberatoria.

En un espejo se reflejan las imágenes del Rey Felipe IV y de su esposa cual si quisieran con esa aparición diáfana y misteriosa personificar la obsesión permanente que la reproducción de sus desmedradas efigies, imprimirá a la vida y a la obra de un gran artista.

Finalmente, frente a su caballete, pinceles y paleta en mano, una elegante y melancólica figura inmortaliza al autor

(1) Conferencia leída en la Facultad de Medicina el 18 de Diciembre de 1915.

de tanta maravilla. Este cuadro se llama «Las Meninas» y su autor Diego de Silva y Velázquez.

Decía que este cuadro era la síntesis de una vida, y en efecto, la existencia toda del sublime artista pasó, por decir así en un sombrío taller al que lo aherrojaba la caprichosa voluntad de un más sombrío monarca, condenándole a copiar indefinidamente sus variables efigies, los de sus tristes descendientes o compañeras, los de sus deformes bufones, enanos o comediantes.

Cual si quisiera el siglo XVI despedirse con uno de esos radiantes fulgores que acompañan a los ocasos de otoño, nace Velázques en 1599 en la luminosa y alegre Sevilla, del portugués Juan Rodríguez de Silva y de Jerónima Velazquez.

Jamás madre alguna había de sentirse más honrada de ver su apellido llevado por tan preclaro hijo. Suave fué la infancia de Velázquez y muy pronto pudo dar libre carrera a sus disposiciones naturales. Muy joven aún entra al estudio de Herrera el viejo.

Curioso maestro en verdad! En una iglesia española recuerdo haber visto suyo un «Descenso de la Cruz» realmente desconcertante. De cerca solo se perciben manotadas informes de color, pero apenas se retroceden unos pasos, la síntesis retiniana se produce y un cuadro vigoroso, casi violento, impone la admiración.

Pero Herrera no era solo violento en pintura, era en su comercio con los hombres un Satanás explesivo.

No hay que extrañar pues que el paso del amable Velázquez por su taller fuera breve; salió de allí para estudiar con aquel que debiera a la vez darle los más fundamentales consejos y la dicha más completa otorgándole su hija para compañera de su vida.

Era el pintor Pacheco uno de esos hombres que sin ser geniales artistas, saben en beneficio de éstos plasmar en pre-

ceptos y reglas severas los cánones del arte clásico. Esas reglas y esos preceptos, cuya ignorancia es de buen tono pregonar hoy, encubriendo con horripilantes disarmonías de colores o de colorinches la vaciedad mental y la inhabilidad manual, fueron en cambio para Velázquez firmes e indestructibles jalones de una vía indefinidamente triunfal.

Con Pacheco aprendió Velázquez a *ver*, a *copiar lo que veía*, a traducir *fielmente, honradamente* lo que ante sus ojos, la naturaleza humana desplegaba de bellezas, de fealdades; en esa concienzuda labor aprendió Velázquez a *desentrañar la personalidad* de su modelo, ya fuera un mendigo, un botijo de vino o un arrogante ministro.

A esa probidad de su preparación debió Velázquez las cualidades que le harían después el Maestro de los Maestros.

Velázquez supo así revelarnos la personalidad de su mozo de taller y al verle sonriente templar su vihuela, comprendemos cómo más tarde aplicando su severa preparación inicial cuando sus modelos se llamaran Felipe IV, Olivares, Papa Inocencio, o el bufón don Antonio el inglés, fijó en sus cuadros tal verdad de observación que sin trabajo reconocemos la tristeza, la petulancia, la doblez, o la malignidad vengativa de sus gloriosos o lamentables personajes.

El primer rasgo y el más saliente de Velázquez, fué desde su más temprana juventud la exactitud, la sinceridad; bien pronto pudo agregarles la profundidad de observación. Su precisión es tal que ni aun cuando quiere encarnar una concepción mística sabe hacer otra cosa que idealizar malamente un zafio tipo de gitana. Su Inmaculada Concepción, pintada cuando apenas tenía 20 años, es prueba acabada de ello.

Cásase Velázquez muy joven y con la dicha, la ambición nace y le aguijonea. Sevilla es un escenario demasiado pequeño, Madrid le atrae con todas las seducciones de la capital de un monarca joven que se inicia con grandes proyectos y despierta grandes esperanzas.

España comienza su decadencia y Felipe IV que la presiente quiere detenerla.

A la España formidable de CarlosV, a la España sombría pero aún temible de Felipe II, se ha substituído una España triste y holgazana.

Es esta España la que Velázquez va a inmortalizar legándonos las vivientes efigies de tantos personajes, que como perros hambrientos se lanzan a los flancos del león moribundo procurando cada uno arrancar su piltrafa.

En Madrid tuvo Velázquez a la mano dos incomparables medios de completar su instrucción: las ricas colecciones de pinturas reales y privadas y una interminable serie de modelos, cuyo estudio por sí solo debía aguzar las facultades de observación y perfeccionar la habilidad técnica del joven Maestro.

Después de algunos meses de lucha penosa, bruscamente la ansiada gloria se ofrece a Velázquez; Olivares, el conde duque, el omnipotente consejero de Felipe IV, el dispensador de favores y el organizador de orgías palaciegas, le toma bajo su protección. Singular figura la de Olivares! Su avenimiento engaña a todos. Sus primeras medidas contra los validos del reinado anterior son aplaudidas como promesas de sano gobierno, sus disposiciones moralizadoras saludadas con júbilo por el pueblo esquilmado. Pero bien pronto el juego se descubre; el fondo de toda la conducta de Olivares se percibe claramente; solo ansía deshacerse de sus enemigos y medrar por cuenta propia, transformándose por largos años en el alma condenada del débil monarca.

Vedle con su cara tosca y vulgar, desdeñosa la boca y falsa la mirada, mandando batallas que jamás ganó, cubierto de rica armadura en un robusto y brioso corcel de batalla.

La protección de Olivares fué para Velázquez invalorable; pronto quiso Felipe tener su retrato pintado por él y aquí comienza la carrera dolorosa del «pintor de cámara».

Al decir dolorosa talvez deformamos los sentimientos de Velázquez, que no solamente jamás protestó de esta servi-

dumbre; más aún, buscó mil medios de remachar su grillete procurándose honores y cargos palaciegos que limitaron su obra privándonos de quién sabe cuántas obras maestras.

De Felipe IV hay una numerosa serie de retratos esparcidos por todos los museos de Europa. Eligiré solo dos característicos.

En el primero, desconcertante por sus rasgos parecidos a los del actual Rey Alfonso XIII, Felipe IV, joven, gallardo vive en plena ilusión; ni los placeres ni las preocupaciones han impreso aún huellas en su frente juvenil. Es el rey alegre que de día caza en el Prado y de noche envuelto en amplia capa ronda las rejas de alguna bella dama, mientras al celoso marido se le retiene en Palacio con alguna complicada fórmula de etiqueta ceremoniosa.

En este otro, la carrera hacia el abismo a que corre España se precipita, Felipe IV ha visto morir a su primer esposa y a algunos de sus hijos; las incesantes rebeliones de Flandes no dejan un instante de reposo a los tercios indomables que apenas son dueños del terreno que pisan. Francia le ha arrebatado con astucia y fuerza a la vez, las provincias que comunicaban España con Alemania; Olivares ha caído arrastrando consigo el crédito y las ilusiones del monarca. La miseria reina soberana en sus dominios, a pesar de que los pesados galeones rítmicamente depositan su preciosa y codiciada carga.

Todo eso se lee en la fatigada expresión de Felipe, que en esos años hace oscilar su existencia entre la orgía y el confesionario.

En 1628 un momento decisivo luce para la gloria de Velázquez. Pedro Pablo Rubens, el pintor elegante y pomposo, el exuberante artífice de toda una mitología puesta al servicio de los grandes llega a España nimbado de una doble aureola de diplomático y artista.

Quién nos dirá jamás las conversaciones de estos dos genios! Rubens con su paleta rutilante y su imaginación prodigiosa inicia a Velázquez, paciente y verídico, en las maravillas de la pintura flamenca e italiana, mientras éste descubre ante los ojos atónitos y un tanto burlones del flamenco truculento los ascetismos, los horrores, el severo misticismo de Ribera, Zurbarán y del Greco.

Surge en Velázquez el deseo impetuoso de impregnar su retina con la visión de esas obras maestras de luz y de color que con su verbo cálido Rubens hace escintilar como el sol de Italia, a donde le incita a ir, cabrillea sobre las aguas de zafiro de la costa partenopea.

Velázquez va, y humilde como un aprendiz, copia, copia sin cesar, urgando con la mirada los misterios de la técnica de los suaves florentinos y toscanos y de los vibrantes venecianos. Copia sí, pero su genio portentoso le inhibe de la imitación. Velázquez admira a los italianos pero conserva su personalidad, y ésta tiene que ser colosal como lo es para escapar al hechizo de esos magos del color y de la línea.

Sin embargo de ellos toma lo que aún le faltaba. La «envoltura», es decir esa aureola indescriptible que une al personaje con el ambiente, esa atmósfera sutil, imposible de cristalizar en palabras, que alía la figura al aire y a los objetos que le rodean. Hasta entonces Velázquez se había preocupado de sus modelos aislados, desde entonces vivirán en un ambiente real y el espectador se preguntará si no van a terminar el gesto esbozado, si los labios no se van a entreabrir para una orden, un castigo, una burla o una tontera según que el rey, sus ministros, sus bufones o sus idiotas hayan posado en el oscuro taller del Palacio. De su estada en Roma nos queda el portentoso retrato de Inocencio IX.

Si quisiéramos usar una denominación introducida por el original y raro Whistler, lo llamaríamos «armonía de rojos». En efecto rojo es el fondo, rojo el sillón, rojo el birrete, la manteleta roja; pero hay tal perfección en los matices, tal análisis sutil de las diferentes materias que rodean la astuta fisonomía del Papa, que parecería que espontáneamente los tonos ardientes se han dispuesto para hacerla resaltar. Y qué maravilla de expresión! Cómo pinta bien esa mira-

da de soslayo al Pontífice cuya elección, fruto de discordias y encontradas ambiciones cardenalicias, fué una verdadera sorpresa. Al hombre vengativo y cruel que castigó la muerte del obispo de Castro, atacando al duque Rainucio, haciendo arrasar su ciudad y colocando sobre sus ruinas un siniestro cartel: Qui fù Castro !

Quitadle los atributos pontífices y quedará la « trogne » lúbrica del que dejaba en manos de sus favoritas Doña Olimpia la cortesana, y la Princesa de Rossano el comercio de las dignidades civiles y eclesiásticas, la venta de las influencias y la distribución de las prebendas !

Demasiado agradaba aquel ambiente a Velázquez, demasiado entusiasmo demostraba en sus relaciones de compras de obras pictóricas italianas, para que Felipe no se mostrara celoso. Una imperiosa orden le trajo de nuevo a su dorada prisión y de entonces datan sus más magistrales páginas. No es posible clasificarlas, prefiero abandonarme al hechizo e invitaros al placer de gustar su fugitiva presentación.

En la serie de retratos la fisonomía amarga del ampuloso don Luis de Góngora, hace « pendant » al rostro inteligente de don Francisco de Quevedo, más conocido por centenares de anécdotas apócrifas que por sus méritos reales de historiador, político y diplomático. Ved a Alonso Cano, el admirable escultor de tantas sagradas efigies y sobre todo de algunos Cristos impresionantes por su ruda naturalidad; Cristos que sangran, Cristos que doblegan su cuerpo en la cruz desgarrando sus carnes, Cristos dolorosos cuyos labios parecen entreabrirse para exhalar la amarga reconvención: Señor, señor, porqué abandonas a tu hijo !

Y ya que las creaciones religiosas de Cano nos entusiasman, digamos sin escrúpulo que Velázquez no fué jamás ni un místico ni un imaginativo. Talvez pensaba como Ingres, que al ser solicitada su opinión sobre un cuadro en el que figuraban múltiples dignidades del Paraíso Cristiano, contestaba con una « boutade », áspera pero saludable: « Ha visto Vd. alguna vez ángeles, para atreverse a pintarlos » ?

El Cristo de Velázquez, no es más que una fría academia, muy inferior por cierto a los Cristos de Ribera, Zurbarán, el Greco y otros místicos pintores contemporáneos.

Talvez siente mejor a la Virgen María, y su « Coronación de la Virgen » denota un gran progreso sobre la Inmaculada que habéis visto hace unos instantes como obra de juventud.

Ni el Padre Eterno ni Cristo son otra cosa que buenos « trozos » de pintura, pero la actitud de la Virgen es llena de nobleza, la disposición de los paños recuerda las buenas épocas del renacimiento toscano y en particular la cabeza pensativa y severa encarna bien el más suave y perennemente bello mito del Cristianismo secundario: la madre dulce y dolorida a quien está reservada el horrendo tormento de contemplar a su hijo clavado en la cruz y después recoger en su regazo su cuerpo lacerado, en cumplimiento del cruel mandato de un Dios terrible para quien jamás está bastante redimida la culpa original.

Cuando Velázquez aborda la Mitología, la realidad viviente le atenacea y le impide remontarse a las creaciones de Tiépolo, de Rubens, de Veronese y otros tantos maravillosos artífices neo-paganos del « Renacimiento » sublime.

Su « Baco y los Borrachos » le brinda la magnífica ocasión de seducirnos con una colección estupenda de alcoholistas.

Baco, robusto muchacho que está allí talvez para justificar el título del cuadro, distraída la mirada en quien sabe qué espectáculo, corona a un neófito cuyos rasgos juveniles presagian una talvez larga y borrascosa carrera. Pero en cambio observad las tres cabezas de borrachos de la derecha.

Uno jovial, con la taza rebosante en las manos aún no temblorosas, esboza una sonrisa un tanto rígida; está solamente « alegre »; el que le sigue, a duras penas imita esa sonrisa, pero la crispación de su frente indica la lucha contra el sueño tóxico; el tercero, viejo de bigotes relamidos y colgantes, es un « profesional » ¡ triste la mirada, levanta maquinalmente su vaso; para él, el vino no es placer, no es vicio, es costumbre ! Hay contra el marco otro lindo tipo;

le falta la copa pero la expresión casi estática de su rostro demuestra cuánto espera del peligroso envite de sus vecinos.

Entre los contados motivos mitológicos pintados por Velázquez hay uno que constituye el desmentido mayor a los que afirmaron que no sabía dominar el desnudo femenino; «Venus y Cupido», es una de las joyas de la National Gallery, de Londres, y fué recientemente mutilada por una imbécil sufragista, que me imagino flaca, fea y vieja, para justificar la envidia por las suaves y aterciopeladas carnes de la rubia afrodita.

Volviendo a los retratos que son base y coronamiento de la gloria de Velázquez os señalaré algunos que nos servirán de transición antes de abordar la incomparable serie de los enanos, bufones y vagabundos. Los del Príncipe Baltasar Carlos en traje de caza y luego con armadura de gala, dan la exacta impresión de un chicuelo que adopta una postura teatral pero cuya ingenua sonrisa ilumina todavía una personalidad en la que una etiqueta implacable que rige los menores movimientos y engrilla las iniciativas, no ha marchitado aún las expansiones propias de sus pocos años.

Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV, ceñido el cuello por almidonada gola, vestida con pesado brocato que cae en rígidos pliegues hasta cubrir casi la hopalanda de su montura, fija la mirada, desdeñoso el labio, como cabe a la esposa del que cree ser aún el más poderoso señor de la tierra, cabalga una hacanea de tardo y pausado paso.

Olvidaos de la reina y decidme si Velázquez al estudiar y legarnos este soberbio estudio de caballo, no ha hecho más por la gloria del arte que los incontables sucesores e imitadores de Tiépolo y de Rafael, que poblaron todas las paredes y techos disponibles con sus acaramelados angelotes asexuados, que aún hacen las delicias de las maestritas de pintura para señoritas!

Pero me falta presentar a Vds. la serie maravillosa. Menipo envuelto en raída capa, mira de soslayo; sus barbas hirsutas y despeinadas afirman muy leves preocupaciones de

higiene; no es sino un vagabundo, pero en sus correrías, al través de sus hambres insaciadas, ha conocido el mundo y extrayendo de la vida una cruda filosofía, la sazona con alegrías mordaces y sangrientas sátiras. Bien merece el título que lleva.

A su lado Esopo, ocupa un escalón social más elevado, el infolio que lleva al brazo indica que la vida no le bastó y que en los libros busca una enseñanza o un olvido; sus abotagados párpados, el rictus de su boca, los ojos que guiñan, componen una rara y desconcertante fisonomía. ¿Qué es? ¿un filósofo desencantado? ¿un poeta que presta a los animales de sus fábulas sentimientos que no encontró en los hombres? ¿Un cínico contento de su miseria que es sinónimo de libertad? Misterio. Esopo no es sino un título, pero al ver el cuadro surge la convicción que ese hombre ha vivido, ha sufrido, ha llorado talvez.....

Ved los enanos y bufones: Nuestra vieja conocida Mari Bartola, especifica, acendroplásica ¿quien sabe?

El Primo, linda miniatura de hombre; frente amplia, mirada inteligente; le gustan los libros, sus «mots d'esprit» escritos en el desván que en Palacio le está reservado, circulan en la Corte bajo la capa. En ellos, amargo Rigoletto, se venga de los Grandes, descubre sus lacras, expone a la maledicencia sus miserias. Su cargo palaciego le permite libertades de lengua que los Ministros no osarían. Su figurita se yergue y se agiganta; anarquista «avant la lettre» sus cascabeles suenan para la monarquía española el toque de difuntos!

Don Antonio el Inglés es todo un personaje. Con justa intuición Velázquez lo muestra a la escala de un mastín. Le cubren ricas vestiduras, costosas plumas adornan su sombrero, se le mima talvez porque se le teme y no en vano. Sobre un macizo facial, grosero y bestial, de dos ojillos miniescos brota una mirada cargada de hiel; éste debe haber sido malo sin atenuaciones, inadaptado a su deformidad; en sus ojos Velázquez ha cristalizado el alma de un Yago.

Y ahora los inofensivos: Sebastián de Morra, acondroplásico claro, inteligente, apto talvez para hacer valer alguna beldad palaciega.

El Bobo de Coria, dulce imbécil, siempre sonriente, habilísimo en juegos de manos, como lo denotan los atributos que le rodean y el niño de Vallecas, lamentable harapo humano, raquítico y adenoideo, talvez hijo de alguno de aquellos tercios que conquistaron a Nápoles y allí el mal cuya denominación se tiran a la cabeza tres o cuatro naciones; verdadera túnica de Neso en la que consume sus carnes media humanidad.

Basta ya de miserias, terminemos esta larga conversación con una imagen apaciguadora y noble.

Corría el año de 1625, la rebelión flamenca no daba a los españoles un instante de reposo. Apenas sofocado un motín en una ciudad, en la vecina se encendía de nuevo la guerra. La lucha era tenaz y sin cuartel.

A las crueldades de los tercios, respondían las acechanzas de los « descamisados ».

Acorralado en Breda, un puñado de valientes capitaneados por Justino de Nassau, por diez meses tuvo a raya un aguerrido ejército, mandado, tal para cual, por el marqués de Spínola. Pero las fuerzas humanas tienen un límite, y una capitulación honrosa cerró el episodio.

Es este el momento que Velázquez, largos años después, eligió para su cuadro tan conocido como justamente famoso.

La Rendición de Breda o « Las lanzas » como también se le llama, es un cuadro de pintura histórica en el que a la justeza de observación objetiva se alza la profundidad del análisis psicológico.

Sobre un fondo azulado de paisaje en el que se perciben vagamente humaredas que se ciernen sobre tropas que aún combaten, dos grupos perfectamente diferenciados y prodigiosamente unidos se destacan con rasgos propios.

A la derecha los españoles altivos, rumbosamente pertrechados, ondeantes plumas en los chambergos, cinceladas armaduras cruzadas por valiosos bandas , encuadrados por una valla de erguidas lanzas, que dan su nombre al cuadro. A la izquierda los flamencos con sus pesados mosquetes, con alabardas y picas de desusado modelo, sombríos los rostros como sombrías son sus ropas de burda tela. En el centro del cuadro formando un lazo de unión entre estos dos grupos tan apartados física como moralmente, el vencedor y el vencido.

Vedlos de más cerca.

Nassau se rinde, su mano tiende las llaves de la ciudad, su torso esboza una inclinación, pero la cabeza no sigue el movimiento; sus ojos, que impasibles vieron la muerte de cerca, buscan los del vencedor: Vencido pero no humillado, le dicen.

Spínola tiene demasiada experiencia de la vida y de la guerra, sabe de sus asechanzas, no ignora la volubilidad de la gloria. Su fisonomía abierta y fina, esboza una sonrisa, su torso detiene la reverencia de Nassau, sus labios parecen entreabrirse para la frase noble y justa, que ensalzando al vencido glorifica al vencedor.

No son dos enemigos, son dos rivales en la gloria ! y así los ha querido Velázquez, dejándonos una lección inmortal de humanidad, que es a la vez el más cruel proceso de las guerras injustas e inútiles.

Doblegado más por sus tareas palaciegas que por la edad murió Velázquez en Agosto de 1660, agostado por el esfuerzo de preparar la fastuosa mise en scene del casamiento de Luis XIV con la infanta María Teresa en España.

Casi tres siglos han corrido desde el momento que Velázquez, cual moderno Prometeo aherrojado en su roca, por un mísero salario figuraba entre la servidumbre de un rey, él que mereció ser servido por reyes. Mariana de Austria, Olivares, Felipe IV son pálidos fantasmas desdibujados en la bruma del pasado. Sus locuras, sus afanes, su poder, sus intrigas solo interesan al erudito, su única inmortalidad deriva de la perennidad de sus efigies.

En cambio Velázquez luce cada día con brillo más intenso. Su gloria no es española, es humana. El melancólico pintor que luchaba por conseguir un rincón del Palacio en qué instalar sus caballetes es hoy soberano al que la humanidad rinde homenaje y este homenaje no puede ser la banal lisonja ni el elogio estereotipado.

Un recuerdo de viaje sintetizará el sentimiento que quisiera conservarais después de haber admirado la obra colosal del artista sevillano.

En Florencia, en la Iglesia de la Santa Cruz, santuario de las más puras glorias italianas, un mal monumento está consagrado al divino Dante. Su inscripción sobria hace olvidar la burda factura: Onorate l'altissimo poeta. Y bien, en Madrid, junto al museo del Prado, un monumento sin carácter personifica a Velázquez, pero su inscripción expresa mi más profundo sentir frente a su genio.

En cinco palabras condensa lo que le hace amar, lo que le hace venerar, lo que le hace admirar:

Al pintor de la verdad!

AUGUSTO TURENNE.

LETRAS RIOGRANDENSES

MANSUETO BERNARDI

Es una de las figuras descollantes en su ambiente, donde su nombre disfruta de un elevado prestigio conquistado a fuerza de talento y laboriosidad.

Su obra literaria no es vasta, porque siempre ha debido repartir su tiempo entre las ocupaciones de los cargos que ha desempeñado y el culto del Arte.

Sin embargo, ha sido suficiente para afirmar su reputación de poeta, y los elogios tributados por toda la prensa de su país a su última producción, lo han consagrado en forma elocuente.

Ha colaborado asiduamente en la prensa de la capital riograndense y publicó en 1917 un pequeño poema titulado « Exaltación » en honor del insigne Bilac.

Su último libro « Tierra Convalesciente », es un conjunto de hermosas e inspiradas composiciones en que puede admirarse, junto a la belleza de la forma, la serena elevación de su pensamiento.

Del juvenil ardor de este poeta y de su temperamento laborioso y constante, mucho deben esperar aún las letras brasileñas.

DEIDADE IGNOTA

Tão linda como as rosas da Campania,
tão doce como os figos da Sicília,
gerou-te, fructo de divina insania,
Pomona, acaso, á sombra de uma tília?

Ou te fez, numa noite de vigília,
de um feliz Pigmalião a arte expontânea?
Ou nasceste das ondas, subitânea,
como a gloria da olímpica família?

Nada sei e melhor é que assim seja.
Sofre meu coração, mas não dèseja
nem de leve turbar-te a elisea paz.

E, obscuro, assim, de ti nada reclamo,
pois o superno amor com que te amo
só com amar-te, flôr, se satisfaz.

HUMILDE ANSEIO

Com ansias de regresso ao vegetal.
FIALHO d'ALMEIDA.

Porque, na floração original,
—ó espigas de framento e uvas opimas
que á espera estaes da ceifa e das vindimas—
não nasci em um simples vegetal?

Presa e raiz ao humus do chão natal,
entre aves e aguas chãs cantando em rimas,
seriam as roseiras minhas primas
e meus irmãos o louro e o cedro real.

Dar sombra á casa, ao campo, á estrada, aos muros.
Ser todo saude, amor, força, beleza.
Cobrir com braços verdes e seguros

a fonte humilde, o misero animal...
o mãe de todos nós, mãe Natureza,
porque não me fizeste vegetal?

MANSUETO BERNARDI

EL SACRIFICIO DE NACHA

(Capítulo de la novela « Nacha Regules », que aparecerá próximamente, en la editorial « Vax »).

Monsalvat ha encontrado en un cabaret a Nacha Regules, se ha enamorado de ella y la ha defendido contra la brutalidad de su amante. Monsalvat es un hombre serio, lleno de inquietudes. Está descontento de su vida anterior y del mundo que le rodea. Su alma comienza a despertar; la vida comienza a tener un sentido para él. Se introduce en casa de Nacha, que vive con su amante, y la invita a cambiar de vida. Ella se emociona fuertemente y le hace la confidencia de sus inquietudes; pero luego, vuelta a la realidad, lo echa a Monsalvat de la casa. Al día siguiente, el amante la arroja a ella. Nacha intenta ser honesta. El recuerdo de Monsalvat la guía. Pero la fatalidad es más fuerte que ella, y Nacha vuelve a caer en el vicio. Monsalvat, que no ha vuelto a verla, la busca desesperadamente, la busca por los lugares malditos, por ciertas casas de lujo donde se vende el placer, hasta que por fin la encuentra.

La tarde del cinco de Noviembre llegó a la casa de la paralítica muy temprano, a las dos de la tarde. La paralítica estaba sola y le rogó que le leyera. Un novelón infame, en varios tomos. Nacha, que llegara preocupada, triste, nerviosa, sin saber por qué, se distrajo con aquel relato de aventuras ridículas, narradas en una forma que a ella le resultaba cómica. Leyó casi una hora. La paralítica, mujer muy inteligente y sensata, despreciaba también aquellas historias de asesinatos espantosos y espeluznantes escenas. Pero no tenía otra cosa para distraerse y se hacía leer aquello. A las tres, la sirvienta, con cierta misterio, llamó a la señora. La paralítica se hizo conducir en su cochecito hasta la primera pieza de la casa. Al rato volvió, anunciando a Nacha una sorpresa.

—¿Quién es? Dígame quién es señora... Por amor de Dios... Si no me dice, no podré ir...

El corazón golpeaba en su pecho como el badajo tumultuoso de una campana. Golpes de temor, de dolor, de una ansiedad indefinible. Aquellos golpes decíanle que allí estaba Monsalvat. Y temblaba toda entera, asustada, vacilando entre huir o arrojarse en los brazos de aquel hombre que amaba.

—Es un amigo suyo. ¿Para qué quiere saber quién es? Yo no lo conozco, además. No sé su nombre. Sé que es buena persona, y me basta. La está esperando. Vaya pronto, mujer. Le aseguro que es un amigo... Pero, ¿qué le pasa? ¿Tiene miedo de algún mal? Yo necesito saberlo. Porque entonces no la dejo ir...

Estas palabras la decidieron. El temor de no verle se apoderó de su alma y de su cuerpo y la empujó por el corredor hasta la pieza donde la esperaban. Seguía temblando. Seguía sin saber qué le diría, qué actitud tendría. Un ansia de llorar comenzaba a acumularse en sus ojos. Todavía en la puerta, dudaba de entrar. Creía desmayarse. Las cosas se habían nublado. Solo veía a Monsalvat, ocupando el lugar de la puerta, que había desaparecido; llenando el corredor; mirándola apasionadamente allí dentro del cuarto. Oyó la voz de la paralítica que le mandaba entrar. Oyó la voz imperativa de su amor que le mandaba empujar la puerta... No supo más. Alguién debió abrir desde adentro y cerrar después. Temblaba y lloraba. El corazón golpeaba en aquella campana profunda que era su pecho. No lo había visto a él, a aquel hombre que adoraba, sino en un instante breve, pues, con las manos en el rostro, no veía nada. Pero lo sentía a su lado. Sentía su corazón junto al suyo. Sentía sus dos almas unidas. Levantó los ojos y le vió allí cerca, abrumado él también por el dolor y por la pasión.

El espectáculo de su amigo en aquella aflicción, le dió fuerzas a Nacha. Su llanto cesó. Compúsose el rostro lentamente. La hondura y obstinación de su mirar apartó las manos de los ojos de Monsalvat y los atrajo hacia los suyos. Quedaron abismados en aquella mutua mirada. Quedaron como formando una sola alma. Monsalvat se acercó y le tendió las manos. Ninguno de los dos podía hablar.

—Nacha... Aquella tarde me echó de su casa... ¿Porqué hizo eso? Fué entonces el comienzo de mi desgracia, de su desgracia. Talvez yo procedí mal, y ahora le pido perdón. Desde aquel día, solo he pensado en usted. El problema de su vida ha venido a ser el problema de mi vida. La he buscado par los lugares donde podía buscarla. La he buscado sufriendo espantosamente.

Permanecían unidos de las manos, el uno frente al otro, de pié. Nacha, en su emoción, bajaba la cabeza. No sabía cómo conducirse con aquel hombre bueno y sencillo. Pensaba que ella también debía ser sencilla. No tenía derecho a ocultarle nada, ni a disfrazar sus pensamientos ni a mentirle. No preveía el fin de aquella entrevista. No había resuelto nada de antemano. ¿Se dejaría llevar por los acontecimientos? Si Monsalvat quería hacerla suya, se le entregaría en cuerpo y alma. Sino, ¿qué pasaría? Monsalvat la había llevado a un sofá próximo, y allí hablaban ahora.

Monsalvat refirió cuanto había hecho por encontrarla. A veces le parecía que aquella mujer no era digna de una pasión como la suya, y temiendo el análisis, temiendo que su pensamiento quedase con aquella preocupación, se interesaba más en el relato, ponía más entusiasmo y emoción.

Todo sus sueños desfilaron también en larga caravana maravillosa. Y su vida de otros años, y su vida de ahora. Explicó los ideales que le atormentaban y sin los que ya no podría vivir. Había encontrado el sentido de la existencia: darse a los demás, hacerlo todo por los demas, vivir nuestra vida para los que necesitan de nosotros.

Nacha le escuchaba silenciosa. Ella, en ciertos momentos de ensueño, imaginó que su primera entrevista con Monsalvat, si alguna vez se encontraban, pasaría entre besos enormes y cariños de una ternura extrahumana. Para ella, eso

era el mayor amor. Pero ahora comprendía que había otro mayor amor. Y estaba impávida, sorprendida, sin saber si alegrarse o entristecerse. Aquel hombre no era de su mundo. Era un enigma, era talvez un ser demasiado superior. Jamás lo comprendería. Ella, una pobre muchacha de la vida, sin talento, sin virtud, sin nada, ¿cómo iba a alzarse hasta un alma tan grande, tan pura, tan fuera de este mundo? ¡Así habían de ser los santos! Así, seguramente.

Y la tristeza embelleció su rostro. Monsalvat preguntó la causa. Nacha hizo un esfuerzo para no llorar. Toda su energía la puso en dominarse. Y se venció a sí misma. Ahora era fuerte. Una resolución acababa de definirse en su voluntad.

—Es que... yo no lo quiero a usted. No llegaría a quererlo nunca. ¡Yo jamás seré suya!

Monsalvat quedó hundido en una estupefacción dolorosa. No comprendía nada, absolutamente nada. Su experiencia de la vida le enseñaba que aquella muchacha tenía una pasión por él. Así se lo dijo el llanto, las miradas, las manos unidas, el lenguaje sencillo del corazón. No, él no se equivocaba en estas cosas. Había sentido la presencia de un gran amor entre los dos. La había sentido con la misma evidencia con que pudiera sentir una presencia humana. Y ahora... No, no era posible. ¿Qué misterio había allí? ¿Estaría Nacha dominada otra vez por Arnedo? Intentó convencerla de que sí le amaba ella.

—Su llanto de hace un instante, cuando entró en este cuarto... Ese llanto revela que me quiere. Sí, Nacha; me quiere. Sino, no hubiera llorado así. Era la emoción de verme, era...

—Lloraba al recordar toda mi vida, todas las desgracias de mi vida. No lo quiero. Es inútil. Jamás podré quererlo. ¡Ha sido tan bueno usted conmigo, tan generoso, tan leal! Lo quiero como a un amigo del alma, como a un salvador, como a un confidente...

Monsalvat comprendió en este momento hasta dónde llegaba su pasión. Más de una vez creyó que todo era el deseo de regenerar a aquella muchacha, digna de otra suerte. El deseo de evitar que dejase de ser una persona humana, cayendo al más hondo abismo del mal. El deseo de realizar una obra de bien, ya que hasta entonces solo de sí mismo se ocupó. Y también creía amarla Pero su amor aparecía mezclado con todos aquellos sentimientos y preocupaciones. Ahora veía con terror que todos sus ideales, sus sentimientos, sus deseos de regeneración desaparecían o pasaban a un segundo término. Ahora, él era solamente un hombre que amaba, y ella una mujer, la mujer amada. Nacha ya no era una mujer que necesitase regeneración. Todo esto no existía, y solo quedaba el cuerpo y el alma de una mujer por la cual daría su vida. Se olvidó enteramente detodo. Una convulsión violenta agitaba su alma y su corazón.

—Sí me quiere, Nacha. Y debe ser mía. Mía para toda la vida. Le prometo hacerla feliz. Si hay en mí alguna ternura, alguna bondad, algún deseo de bien y de belleza, todo será para usted, Nacha. Haré lo que usted quiera, lo que usted mande...

Se detuvo con temor. ¿Hasta dónde iba a llegar? Pasó por su espíritu la idea de ofrecerle ser su marido. Enrojeció, turbóse profundamente. Parecióle absurda semejante cosa. Pero luego, pensando que aquella idea le salvaría, que talvez era lo único que le salvaría, se aferró a ella desesperadamente. Nacha no habría de negarse a un ofrecimiento así. Comprendería la magnitud de su cariño. ¡Un hombre de su situación, un hombre de talento, respetado, casándose por amor con una pobre muchacha que había caído! Nacha agradecería, estimaría su sacrificio.

—Nacha—comenzó Monsalvat con un acento augusto y solemne;—yo la haré mi mujer. Nos casaremos.....

Nacha sintió una profunda conmoción. Quiso hablar y la voz se fué adentro de su ser. ¡Qué horrible lucha! Lo ama-

ba con una extraña pasión. En este momento más que nunca. Al oir sus palabras de bondad, más que nunca. Al oir su ofrecimiento, más que todo cuanto pudo amarlo nunca. Una voz le decía que cayera entre sus brazos. Algo la empujaba hacia él desde dentro de su ser. Pero otra voz le decía que ella no tenía derecho, ella una mujer caída, para unirse a un hombre como aquél. Aquella voz le gritaba que sería una criminal si aceptase la unión con aquel hombre, hundiéndole para siempre ante la sociedad. Aquella voz le ordenaba el sacrificio. Le ordenaba ser aún más sublime que él. Le ordenaba vencerse, sufrir, someterse a su destino y no arrastrarlo a él junto con ella. ¡Voz espantosa, que surgió no sabía de dónde! ¡Voz que venía talvez desde aquella tarde, desde aquella palabra de Monsalvat! ¡Voz formidable que llenó toda el alma de la torturada, la afligida, la triste Nacha y la ordenó hablar y levantarse! Su sacrificio habíale dado una extraña serenidad. Estaba pálida como una muerta. Sonreía para no llorar. Invocaba todo su amor para no ceder.

— Nos casaremos Nacha! — clamaba Monsalvat desesperado.

Ella luchaba contra aquella voz que le aconsejaba ceder. Pero ya perdía sus fuerzas, ya iba a aceptar.

—¿Por qué, Nacha? ¿Qué misterio hay en esto... Yo la quiero, usted me quiere...

La tentación fué vencida. Nacha recordó otros momentos de su existencia. Hizo un esfuerzo sobrehumano. Comenzó a reir.

—No, jamás podría quererlo. ¡Amor ridículo! No le creo además. Esto es una farsa indigna. Lo eché de mi casa y lo echaría otra vez. Ha querido burlarse de mí, de una infeliz muchacha de la vida. Ha querido ilusionarme, ¡quién sabe con qué propósito! Pero ahora, me reiré yo de usted. ¿Sabe? Me burlaré, como en el cabaret. ¡Yo casada! ¡Y casada con usted, con un loco! ¡Yo, una ramera, convertida en señora honesta, llevando un apellido ilustre!

Y se echó a reír, con una risa sonora, falsa, abominable.

Monsalvat se hundió en su asiento, con las manos en la cabeza, sollozando. No comprendía nada. Sacudíase todo su ser, temblando violentamente. «Está loca, se ha vuelto loca», rugía entre sollozos.

Nacha estaba a punto de desmayarse. Cuando le vió cubrirse el rostro, ella se volvió hacia la pared para dejar salir un llanto breve y desesperadamente angustioso. Algo desahogada, más fuerte en su fuerza, sentóse en una silla y esperó. Monsalvat no tardó en levantarse. Estaba palido él también. Se acercó a ella y le tendió una mano, casi sin mirarla.

—Alguna vez.....—dijo, con voz impresionante, rota, afligente,—alguna vez... ¿nos veremos?

—Nunca! ¿Para qué? No lo quiero. Déjeme sola. Olvídese, si es verdad que me quiere. Y salga pronto. Estoy enferma. Déjeme sola...

Monsalvat no quiso insistir. No hubiera tampoco podido hacerlo. Tomó su sombrero y salió. Se fué como un hombre que está al fin de sus fuerzas. Parecía un enfermo, talvez un loco, quizá un borracho. Se fué vacilante. Y cuando salio, quedó su alma allá en ese cuarto. Un inmenso dolor llenó aquella pieza de vergüenza y miseria, y la dignificó, la embelleció, la engrandeció.

Nacha ya no podía más con su sufrimiento. Se arrancó el sombrero con un gesto desesperante, destrozándolo. Y gimiendo con los gemidos de mil dolores inmensos, llorando con el llanto de mil desgracias funestas, se arrojó sobre el lecho de impureza, hecha un doliente gemido, hecha un doliente y clamoroso llanto.

La paralítica apareció en la puerta. Creyó comprender el drama de Nacha, y no le dijo una palabra. Prefirió alejarse. Quedóse adentro un cuarto de hora, conversando con las muchachas, un poco entristecida por aquella tragedia interior que le recordaba viejos dolores íntimos de su alma. Ella también en su juventud tuvo un amor allá en Italia. Y el amor quedó trunco, violentamente trunco. Luego vinie-

ron los malos días, lejos de su familia, abandonada de todos. Se entregó a otros hombres a quienes no quería. Sufrió con toda su alma. Vino a parar en la existencia infamante que llevaba, viviendo del vicio ajeno, en un ambiente que en nada se parecía al dulce hogar de sus padres, de sus buenos padres que habíanse ido de la tierra llorando el deshonor de la hija. Ahora, vieja, enferma, ¿qué podía hacer sino seguir así? No quiso entristecerse más. Tenía experiencia de la vida y sabía que la tristeza perjudica a los intestinos y al hígado. Y charló con las muchachas, con la alegría de todas las veces en que había comenzado a ponerse triste.

Luego entró un amigo que solía colarse hasta allí, para elegir su amiga ocasional. Era un simpático muchacho que se prendara de Nacha. Preguntó por ella a la paralítica, en secreto, para no ofender a las demás con su preferencia. La paralítica se hizo conducir en su cochecito adonde estaba Nacha. Aún seguía ella llorando, hundida la cabeza en el lecho impuro.

—Nacha... no llore tanto, hija. ¿Para qué sufrir de esa manera? ¡Oh, los hombres no valen nada, mujer! Despréciélos. Usted vale más que el mejor de ellos. Porque usted tiene corazón. Mientras ellos, ¿qué tienen?

Dijo una obscenidad, contestándose a sí misma, y se puso a reir.

—Vaya, Nacha. Está un amigo suyo. Todos son iguales y ninguno vale más que otro. ¡Canallas y canallas! Ellos pierden a las mujeres y después las abandonan y las desprecian. Vaya, mujer. Diviértase un rato con su amigo...

Le hizo una caricia en el hombro. Le dijo que lo mandaría a ese cuarto al amigo y se dispuso a salir. Nacha se irguió repentinamente. Secóse las lágrimas, y casi tranquila, fuerte otra vez, dijo:

—No, no señora. No lo mande. Ni a él ni a ningún otro. Voy a irme para siempre.

—¿Por qué, mujer? ¿Está enojada conmigo?—exclamaba atónita la paralítica, viéndola ponerse el sombrero.—¿No vuelve más a esta casa?

—Ni a esta ni a ninguna otra. No estoy enojada, señora. Ha sido muy buena conmigo, usted. Yo se lo agradezco. No la olvidaré nunca.

—¿Y entonces...? preguntó la paralítica, desorientada.

Nacha callaba, terminando de arreglarse. Luego besó a la paralítica, le tomó ambas manos y le dijo, llorosa, mientras la barbilla temblábale:

—Es que... quiero ser digna de ese amor...

—Ah, comprendo. Quiere ser honrada un tiempo para casarse después...

La paralítica dijo esto sencillamente, convencida de que no podía tratarse de otra cosa. Pero la expresión de Nacha le mostró que no era eso. Algo más grande, más bello, más raro, aparecía en los ojos de aquella sufriente criatura.

—¿Qué es entonces? Dígamelo. Ya sabe que yo la estimo, mujer. Y que haré por usted todo lo que me pida... Si quiere ser honrada y precisa dinero para serlo, sobre todo al principio, yo haré el sacrificio de dárselo. Economizaré para dárselo.

Conmovida, Nacha contestó:

—¡Qué buena es usted, señora! Le agradezco sus palabras con toda el alma. Y porque es tan buena, se lo diré. No, yo no pienso casarme. Jamás aceptaría que él se sacrificara en esa forma. Pero él me quiere con una enorme pasión. El destino me ha elegido para que me quieran de ese modo tan grande, con tanta pureza. Y quiero ahora ser honrada. No para casarme, sino para ser digna de esa elección, para ser digna de ese amor, para ser digna de estar en sus pensamientos y en su corazón...

La paralítica la atrajo hacia sí y la abrazó, profundamente emocionada. Nacha soltóse enseguida, a punto de llorar. Y sin decir una palabra más, salió del cuarto precipitadamente y se lanzó escaleras abajo.

Hacía muchos años que no era tan feliz como en ese instante.

MANUEL GALVEZ.

GÉNESIS

El que todo lo anima con inmortal esencia
Plasmó la noble forma de tu carne desnuda.
Creciste bajo el Arbol divino de la Ciencia
Donde entre frutos de oro la Serpiente se escuda...

Luego, la Hembra humana vino al mundo en tu ayuda
Y el fervor inefable de su blanca inocencia
Se detuvo ante el Arbol; tú forjaste la Duda
Y en ese instante mismo tuvo lus la Conciencia!

Oh!, Señor, desde entonces la Esperanza perdida
Se irguió como un designio fatal sobre la Vida...
Y el Hombre, bajo el peso de su propia condena,

Vió su mal en el germen de las generaciones
Y al perder los dominios de sus altas regiones,
En el ánima triste quedó un fondo de pena.....

1919 MANUEL DE CASTRO

ITINERARIO INTIMO

La bondad es la suprema virtud.

No se puede ser bondadoso sino siendo al mismo tiempo muy inteligente, porque no se puede ser inteligente sin concebir nada que no sea bueno.

Los pequeños, los medianos, aunque sean bienen intencionados, son injustos porque no llegan a la altura debida Solo las grandes inteligencias abarcan la vida desde un punto de vista muy amplio y saben que antes de juzgar a nada ni a nadie es menester considerar muchas razones, muchas relatividades, muchas cosas que pueden estar muy ocultas y no revelarse sino a un examen muy profundo. Los grandes inteligentes tienen tal calidad de alma que abarcan y comprenden a todas las demás. Aman a las buenas porque son buenas y aman tambien a las malas porque saben cuantas razones hay en el mundo para hacerse malo y porque sufren intensamente a su contacto.

Al lado de la bondad, la sinceridad.

Casi todos sienten el afán de agregar una buena parte de imaginación a las cosas y a los acontecimientos, y es a esta causa de esto que la vida está llena de complicaciones.

Ser sincero es muy difícil. Si queremos serlo debemos empezar por nosotros mismos. Para esto la duda es excelente; pero la duda razonada, la que nos enseña a analizar nuestras acciones y a hacernos ver muchas veces que hemos hecho cosas, en apariencia nobles, guiados solamente por móviles mezquinos. De esta manera, viéndonos tales como somos, aprenderemos a estimarnos en a nuestro justo valor y trataremos de hacernos cada ver algo mejores.

La sinceridad para consigo mismo trae forzosamente tras de si la sinceridad para con los demás. Y si todos tratáramos de decir las cosas por su nombre ¡cómo se simplificaría la vida ¡ y qué naturales serían las relaciones de los hombres ¡

Implacablemente y a cada rato, el matrimonio sacaba a relucir los defectos de N.

Al fin no pude más. Señora, tiene Vd. razón en casi todo lo que dice; pero, por favor, no insista más. N. es mi amigo y yo, a pesar de todo, lo quiero mucho.

La señora se rió

—¿Porqué se rie?

—Nada, me asombra su bondad. ¡Qué cosas le pueden pasar a Vd! Perdone mis palabras; pero es Vd. demasiado bueno.

—Señora, yo aprecio en toda la gente la bondad antes que nada, y si todos nos perdonáramos nuestros defectos seríamos más felices y mejores.

—Pero es que hay defectos y defectos. Su doctrina es la de Cristo.

—Sí, señora, soy un Cristo perfecto.

El matrimonio volvió a reírse nuevamente.

Me encuentro hoy en uno de esos estados de alma en que la ternura unida a la bondad hace ver las cosas tales como son; en que se echa de menos, con un poco de amargura y otro poco de tristeza, las maldades y las mentiras humanas; y en que, a fuerza de estar contento, se perdonan las pequeñas miserias, se piensa solo en nuestra dicha y se la desea igual para todo el mundo, aunque no nos la deseen a nosotros.

Y en este estado pienso que vale más ser siempre completamente bueno, aunque nos hagan daño, que ser malo, so pretexto de que no nos confundan con un zonzo.

El recuerdo, en determinadas situaciones, tiene un encanto que en vano trataría de encontrarse en la vida real. Evocamos cosas agradables, delicadas, de hace poco, de hace tiempo... y de la evocación resulta un estado de alma delicioso.

Es casi seguro que los poetas han de sentir y pensar sus mejores producciones en estados de alma semejantes. Por eso quizás los poetas dicen y sienten cosas que no hacen como hombres.

Z, que tiene una excelente opinión de sí mismo, se exaspera fácilmente cuando se ponen al descubierto sus flaquezas.

El otro día, Z tuvo una discusión con su amigo X de la que salió muy mal parado. Antes, éste reunía todas las cualidades. Ahora no tiene ninguna. Al amigo, cuando lo era, todo le estaba permitido y nada de lo que hacía era malo. Ahora, que no lo es, todo le está vedado y nada de lo que hace es bueno.

¿Hasta cuando la vanagloria de la gente hará prevalecer en la humanidad este estrecho concepto de amistad y este pobre concepto de justicia?

Dostoyeusky hace pensar y sentir porque él mismo ha sentido en carne propia y piensa hondamente lo que dice. Capaz, por esto mismo, de sentir y conmoverse ante el sufrimiento ajeno, sus libros están impregnados de ternura y simpatía para todos los seres de la tierra. Nunca, creo, un escritor ha llegado tan adentro en el análisis de los móviles humanos y de las complejidades de las almas. ¡Con qué sencillez, ingenuidad y maestría nos muestra los caminos que llevan a los hombres a tantas partes diferentes! ¡Cómo nos enseña a tolerarlo todo y a perdonarlo todo!

Pero ¿nos enseña a todos o solamente a los que somos capaces de sentir y sufrir tan hondamente como él?

Los que sufren son los únicos que enseñan.

Pero los demás ¿comprenden?

ALBERTO BRIGNOLE.

GLOSAS DEL MES

D'Annunzio.

Pocas personas —queriéndolo o sin querer,— han hecho más ruido en el mundo que este alto poeta latino.

La fama que conquistara con sus obras literarias lo hizo pasto fácil del comentario, de la glosa y hasta del bajo chisme.

Un río de tinta ha corrido para aclarar si se llamaba D'Annunzio o Rapagneta. El remate de sus muebles hizo hablar durante varios meses a la prensa mundial y nada decimos de sus amores con la gran trágica de su patria, conocidos hasta por los monaguillos en sus últimos detalles.

Justa o injustamente lo cierto es que el poeta daba la sensación de un ser atormentado por la necesidad del exhibicionismo y lo peor del caso era que no había en sus actos nada que lo hiciera realmente amar por arrestos singulares y que, con su actitud, justificaba la creencia de aquellos que no veían en él más que un frívolo poeta a quien fuera imposible vivir lejos del tinglado de la notoriedad.

Pero el D'Annunzio de ahora no es indudablemente aquel que conocimos en la época de « El Fuego » y « Las Vírgenes de las Rocas ».

Puede ser que la misma vanidad de entonces lo dinamice, pero es forzoso reconocer que ha cambiado de escenario, y que de sujeto melodramático se ha trocado en héroe de epopeya.

Hay quien no ve en sus últimas hazañas más que nuevos motivos de reclame, iguales a los que lo llevaron un día a poner en subasta pública sus muebles y sus cuadros, o a revelar,—dicen,— sus íntimos amores explotando la celebridad de su amante. Los que así lo juzgan rinden un excesivo culto al *parti pris*. Los hechos hay que apreciarlos tal como se presentan a nuestros ojos, y en todo caso, si siempre las mezquinas intenciones dieran lugar a grandes acciones, sería cosa de preguntarse si no es una lástima que no existan más seres mezquinos en la tierra. Por otra parte es imposible negar que aún en los hechos más altruistas, hay un denso fondo de egoísmo; esta es una ley tan absoluta que ni el mismo Nazareno escapa a su rigor.

Se dice que D'Annunzio ha expresado, hace poco, que en Italia solo ha habido dos hombres maestros a un tiempo en el pensamiento y en la acción: Leonardo de Vinci y él. No obstante la ancestral repulsión que toda egolatría despierta, hay que confesar que esa frase encierra una gran fuerza de verdad.

Lo quieran o no sus enemigos, D'Annunzio representa uno de los más íntimos connubios que hayan existido entre la fuerza y la idea.

Su voz, nacida, al parecer, solo para provocar éxtasis espirituales, adquiere de pronto el tono profundo de la de un bardo ossiánico, y sonando como un clarín épico sobre la roca del Quarto, arma el brazo de varios millones de hombres.

Ella sola, puede decirse, obligó a Italia a entrar en el huracán que a su lado silbaba sin tocarla. Sus políticos, sus militares, sus burgueses, sus aldeanos, sus obreros, al son de aquella voz singular, se movieron como por un resorte mágico.

Entonces hasta llegó a creerse que el oro francés había comprado a aquel ruiseñor maravilloso y se supuso que, una vez concluída su misión, el ave callaría para gozar opíparamente su prebenda.

Mas las pupilas asombradas vieron al pájaro cobrar al instante la forma del guerrero y elegir, amigo siempre del espacio azul, la aviación: el arma más peligrosa, expuesta doblemente a la contraria acechanza y a la traiciones del destino.

Oficial de un submarino en el heroico ataque a Pola, comandante de « La Serenisima », nombre que por sí solo es un poema, fué piloto en los vuelos más arriesgados. De uno de ellos llegó a su patria casi ciego y revelando un temple de héroe, no curado todavía de sus heridas, Viena lo ve atónita sobre su cielo arrojando en vez de petardos homicidas, líricas proclamas, llenas de fervor patriótico y de condena para el asesinato inútil.

Y torna, otra vez, a ser extraordinario ruiseñor para cantar a la esperanza después del desastre de Caporetto e invitar al sacrificio heroico sobre las aguas del Fiume. Ninguna de las naciones que han entrado en lucha, con ser las más populosas de la tierra, ni aún la misma Francia, patria de los grandes espíritus, ha tenido un bardo como este, cuyas arengas valieran tanto o más que las espadas para conseguir la victoria.

El ha sido un héroe en el sentido Carlyliano de la palabra y, sin duda alguna, cuando Italia busque una figura en quien sintetizar la angustia y el horror sublime de este período trágico de su historia, ninguna encontrará más digna que la de D'Annunzio para ser perpetuada en bronce y en granito.

La última de sus hazañas, digna del Jefe de los Mil, cuya figura parece obsediarlo, es de una audacia tan bella, que no puede menos de rendírsele admiración. La han llamado aventura tartarinesca, episodio literario sin consecuencias y sin grandeza.... Nosotros, como todas las personas extrañas a los intereses en juego, nos sentimos

inclinados a condenarla por el peligro que para la paz significa y hasta por el atentado que podría representar para la causa de la justicia; pero no dejamos de reconocer que esta conquista de Fiume realizada por un poeta-soldado cuyas proclamas suenan como el bronce y tienen ímpetu torrencial, es uno de los hechos más emocionantes, líricamente hablando, de este crepúsculo guerrero

Para los que cultivamos la religión del verbo y creemos en la fuerza de la belleza, ese acto tiene un valor trascendental, porque nos asegura que la poesía no ha perdido su imperio en el mundo y es capaz de arrastrar, como los ríos, todos los cienos bajo su manto azul...

JOSE MARIA DELGADO.

Nos vemos nuevamente en la necesidad de dejar para los números próximos el trabajo sobre Ariel, del Dr. Carlos M. Prando.— Pedimos disculpa a nuestros lectores.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Diálogos Olímpicos. Cristo y Mammon. — Por CARLOS REYLES, 1919.

Siguiendo el plan que, con tanta originalidad como buen gusto, ha elegido este eminente pensador y literato nuestro para darnos a conocer sus conceptos sobre la vida y su opinión sobre algunos problemas fundamentales que afectan a la humanidad, Reyles, en esta segunda parte de su obra, coloca frente a frente a Cristo y a Mammon, es decir, al representante más genuino del desinterés y al Dios del egoísmo.

Delante del tribunal Olímpico, presidido por Zeus y en donde todavía perduran los ecos de la magnífica controversia sostenida por Apolo y Dionisos, Dioses del espíritu y la materia, el dulce Nazareno, «con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho, el rostro demacrado y la mirada afligida» y el viejo Pluto rejuvenecido y escandalizando un poco la majestad del Empireo con su vestidura de perfecto y moderno gentleman, con monóculo y un habano encendido entre los labios, oponen las razones que ambos tienen para pretender gobernar al mundo.

Digamos desde ya que en esa justa el triunfo corresponde a Mammón, de una manera tan amplia que todos los Dioses, sin exceptuar al mismo Jesús, lo reconocen.

Quien conozca la tesis esbozada por Reyles en «La Muerte del Cisne» y desarrollada ahora con toda amplitud en los dos tomos de sus «Diálogos», no puede extrañarse de esta conclusión, por más peregrina que parezca.

Es un libro, pues, que desconcierta y hace vacilar las ideas ancestralmente arraigadas en el fondo de las almas. El autor cree ¡cómo no creerlo! que la bondad, el amor al semejante, el desprecio por el oro, el altruismo, deben ser los pilares angulares sobre los que se asiente la humanidad; pero no opina que a ese desideratum se vaya por la ruta que nos trazara el Nazareno, y veinte siglos de experiencia parecen hablar por su boca.

Se ve bien que el autor se coloca para mirar la vida dentro de la realidad y ama construir el palacio de sus ideas no con los frágiles cristales del ensueño, sino con la piedra dura y el granito eterno de la verdad.

Algunos creen, desconociendo evidentemente el fondo de sus doctrinas, que Reyles está embarcado en una tendencia funesta, porque suponen que nuestras sociedades son asaz mercaderes ya y si algo necesitan son filósofos que fustiguen su inclinación a la venalidad y al interés. De ahí el triunfo obtenido por otro gran pensador nuestro que podría ser considerado como antagónico de Reyles y decimos *podría*, porque este antagonismo, en realidad, es solo aparente. Estamos seguros que si el autor de « La Raza de Cain » creyera consolidar por este medio la paz, el desinterés y todos los altos postulados humanos, sería el primero en esgrimir un látigo de triple trenza.

Reyles cree, con más sentimiento de la realidad, que el egoísmo está en la sustancia íntima de nuestra arquitectura y es, a pesar de todo, el más poderoso motor con que cuenta la humanidad para marchar a la conquista de sus destinos. Todo cuanto significa, tanto en materia de arte, como de ciencia, como de religión, un progreso, un nuevo peldaño alcanzado, débese, casi exclusivamente, al imperio de esta fuerza; bien es cierto que también produce, cuando se la maneja sin freno alguno, hecatombes y retrocesos.

Pero, entonces, lo que debe hacerse, no es destruir el sentimiento del interés, cosa imposible por otra parte, sino encauzarlo para sacar de él los frutos magníficos que puede dar, inclusive aquellos que le son más contradictorios.

Llegar al altruísmo por el egoísmo, a la afirmación por la negación; ser fuerte para poder ser nobles y librarnos de ser víctimas de nuestra nobleza, ser ricos para poder ser amplamente generosos: en eso estribe el fundamento y el concepto original de Reyles.

No es, pues, un positivista puro como se dice, está al lado de los que sueñan y bregan por el mejoramiento espiritual y moral de la especie. Quiere orientar las fuerzas oscuras, dar al Quijote la parte de Sancho que precisa para triunfar, hacer, en una palabra, con nuestros instintos y pasiones, lo que se hace con el raudal de las cataratas, trasformarlos de impulso ciego, en fuente de progreso, de vida y de luz.

De este modo quien, mirado superficialmente, podría pasar como un exaltador y propagador de sentimientos inferiores, surge, en realidad, como un apóstol de las más altas virtudes; y el idealista más empedernido debe mirar con profunda simpatía su obra ya que ella muestra el camino más certero, y acaso el único, para poder hacer práctica y real esa humanidad mejor a la que aspiran todos los hombres bien intencionados.

Tratándose de quien se trata, un eximio maestro del decir, creemos innecesario agregar a este pequeño juicio el homenaje de nuestra admiración para su prosa. Reyles en esta obra, como en todas las

suyas, sobrecoge por la precisión, la flexibilidad y la galanura de su forma. Un tema árido de si, como lo son las especulaciones filosóficas, adquiere al conjuro de sus manos de artífice no sé qué influjo cautivante y musical que deja en el lector un sentimiento de pesar cuando con la última página del libro concluye de extasiarnos. — J. M. D.

De Profundis. — Oscar Wilde, traducido por A. A. Vasseur. — Editorial América, Madrid 1919.

Este tomo nuevo de la Editorial América, nos trae el esfuerzo de un compatriota estudioso y trabajador, al evocarnos en una traducción hermosísima el espíritu atormentado de Oscar Wilde.

« De profundis » reune las páginas desengañadas y esperanzadas que Wilde escribió en la cárcel, antes que volviera al mundo real deshecho para siempre.

Oscar Wilde tiene detractores y fanáticos a granel. Su obra y su vida levantaron un remolino. Sin embargo tenemos que convenir que su arte es admirable y que su genio triunfará de la muerte y de la vida, a pesar del olvido con que los ingleses quisieron tapiar la puerta de su celda.

De todas las invectivas arrojadas contra su obra, sólo podríamos tener en cuenta la del pintor Wislers, que acaba de contarnos Gómez Carrillo en sus memorias, y que se traduce en la ironía de aquella anécdota: « ¡ Oh ! esa es una frase que yo habría querido hacer »,— que dijo Oscar,—y que Wislers, muy frío, respondió: « Tranquilízate.... ya la harás »....

Algo hay en realidad en las obras de Wilde, de las obras de todo el mundo, pero la acusación que pudo pesarle como una cruz, es muy vaga y muy torpe para ese genio que tuvo en sus manos al éxito, a la gloria, al arte, como se tiene durante un rato una moneda, una flor o una piedra.

« De Profundis » está salpicada de divagaciones difusas, propia del estado anímico de Wilde,—pero tiene bellezas innumerables, hondas, resplandecientes, nuevas.

Y sobre todo, confunde el pensamiento del lector, que un hombre así, que ahonda la vida buscando la médula de tan alta y tan bella manera, tuviese al mismo tiempo que comenzar el día arrodillándose para lavar el piso de la celda....

« Hay días que es necesario tener una frente de bronce, labios despreciantes para poder llegar hasta la noche »,—dice a cierta altura,— y estremece el alma al decirlo.

Sostiene en otra parte, con el ingenio de siempre, que todo se realiza en el cerebro, los grandes placeres y los grandes delitos, puesto que no vemos con los ojos ni oímos con los oídos, y puesto que « es

en el cerebro donde la amapola enrojece, la manzana aroma y la alondra canta. »

—Y termina temblando de placer, al solo pensamiento de que el día que recupere la libertad el citiso y la lila florecerán en los jardines y verá moverse al viento con estremecimientos de belleza el oro ondulante del uno y los penachos pálidos de la otra. « Yo sé que me esperan lágrimas en los pétalos de la rosa » dice enseguida. Y agrega con una honda fuerza de belleza: « La sociedad, tal como la hemos constituído, no tendrá ningún puesto para mí ni me ofrecerá ninguno el día de mi libertad: pero la naturaleza, cuyas dulces lluvias caen tanto sobre los justos como sobre los injustos tendrá en las rocas alguna hendidura donde podré esconderme y me ofrecerá valles secretos en cuyo silencio podré llorar sin que me distraigan. Ella hará resplandecer las estrellas en la oscuridad de las noches para que yo no tambalee en las tinieblas, hará soplar el viento sobre la huella de mis pasos para que nadie me persiga a muerte, me lavará con sus inmensas aguas y me curará con sus hierbas amargas ».

Así la obra,—que sólo tiene al fin, para completar las páginas del tomo, unas cuántas máximas de escaso valor, que la filosofía popular lleva gastadas bajo las ruedas negras de la vulgaridad,—y que Oscar Wilde no habría coleccionado nunca, a riesgo de que triunfara la ironía de Wislers.

De la traducción, que nos resulta muy aceptable —puede estar satisfecho el espíritu laborioso de Armando Vasseur. — T. M.

Ídolos Rotos. — Novela de MANUEL DIAZ RODRIGUEZ. — Editorial América. — Madrid 1916.

El libro principia bien. Un lenguaje cuidado y florido esmalta los capítulos de presentación. El autor se dijera que va con fino sentido estético, haciendo el proceso de su novela. Pero he aquí que antes de la mitad del libro ya nos sentimos fatigados. El ambiente americano al cual nos transporta Díaz Rodríguez nos interesaría sin el detallismo con que nos vemos obligados a considerarlo. «Ídolos Rotos» tuvo un éxito considerable en el país del autor. Sin duda, hay un espíritu crítico valiente fustigando costumbres. Merecen conocerse las ideas de Manuel Díaz Rodríguez, opuestas al chauvinismo vergonzoso de muchos de nuestros jóvenes. Sin ser una buena novela, ni siquiera una novela interesante, esta obra, reimpresa por Franco Ferrari, concita nuestra atención. — V. A. S.

CAMAS Y MUEBLES DE BRONCE

Higiénicas
Sólidas
Eternas

Precios mínimus
Calidad
máxima

— Soliciten Catálogo Ilustrado —

BARANDAS
VITRINAS
Instalaciones
BRONCERÍA
EN
GENERAL

PRIMERAS FÁBRICAS
SUD-AMERICANAS
"Adolfo Gutman"
BUENOS AIRES ROSARIO
MONTEVIDEO
Exposición, Ventas y Administración
AV. 18 DE JULIO 874
Teléfono 3213 Central
TALLERES: Juan C. Gómez 1479

COLCHONES
DE LANA
Y CRIN

ELÁSTICOS
METÁLICOS

Ronovaciones y composturas
Niquelados, Dorados, etc.

CAMAS DE ACERO ESPECIALES PARA CAMPO
ID. DE HIERRO

Doceles, Coronas, Galerías

EL CRITERIO FISIOLOGICO Ensayos de orientación social.
SANTIN C. ROSSI

EL DIBUJANTE JUAN M. BRESNES IRIGOYEN
J. M. FERNANDEZ SALDAÑA
EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

EL HALCONERO ASTRAL POESIAS
Emilio Oribe

LAS LENGUAS DE DIAMANTE POESIAS
JUANA DE IBARBOURU

RODÓ Su vida - Su obra.
VICTOR PEREZ PETIT

LOS NIÑOS BIEN Novela Picaresca
Vicente A. Salaverri

PROCESO HISTORICO DEL URUGUAY
ALBERTO ZUM FELDE

EL RELICARIO
POESIAS
JOSÉ MARIA DELGADO
En venta en las principales librerías